

The background of the entire cover is a light beige, textured surface. Overlaid on this is a complex, abstract pattern of small squares in various colors including red, orange, yellow, green, blue, purple, pink, and black. These squares are arranged in a way that suggests a grid or a mosaic, with some squares missing or faded, creating a sense of depth and movement. The pattern is most dense in the upper half and becomes sparser towards the bottom where the text is located.

EL COLOR

en la arquitectura y en el diseño

Coordinado por: Ana Torres Barchino, Ángela García Codoñer

ARQUITECTURA, COLOR Y TERRITORIO: UNA IDENTIDAD PERDIDA.

Jorge Llopis

Somos aquello que vivimos, la suma de nuestras vivencias y sensaciones, la síntesis de todas nuestras experiencias. El ser humano acumula estímulos y elabora respuestas que son, en último término, un intento de entender y comprender el mundo en el que se desarrolla. Y en este empeño, social como es, desarrolla respuestas comunes y grupales: culturas.

Nacemos, vivimos y morimos inmersos en ámbitos concretos, interactuando con el espacio y con seres como nosotros, participando de respuestas comunes a problemas comunes; y esta pertenencia a sociedad específicas nos lleva a participar de actitudes comunes ante aquello que nos rodea. Estas culturas, desarrolladas por aquellos que nos precedieron, nos identifican, nos ligan a un lugar, nos permite responder de manera conjunta a los retos que una Naturaleza siempre mayor que nosotros mismos nos plantea a lo largo de nuestra vida. Nos permite, en último término, sobrevivir en un espacio específico valiéndonos de los recursos que esa misma Naturaleza nos brinda.

En nuestros días es difícil entender la íntima relación que existe entre un lugar y la cultura humana en él desarrollada. La íntima relación de nuestros ancestros con el territorio que habitaban, la lucha diaria por adaptarse a un medio que día a día les planteaba como problema la propia supervivencia. Hasta el punto que la cultura, entendida como el conjunto de modos y costumbres de un determinado colectivo humano en un lugar específico, no es sino el conjunto de respuestas que un grupo de hombre y mujeres encontró para explicarse el mundo en que el nacían y vivían, y del que necesitaban valerse para sobrevivir.

Así, la cultura nace de un entorno concreto, se desarrolla en dicho entorno, buscando tanto una respuesta como una estrategia de aprovechamiento de los recursos disponibles. Es, en suma, la respuesta dada por generaciones y generaciones al problema de vivir. Es el legado de nuestros ancestros. Y es un legado íntimamente ligado al territorio que habitaban.

Color y territorio

Uno de los aspectos que más íntimamente vincula al hombre con su entorno es el color. Seres esencialmente visuales como somos, nos ligamos al mundo con la experiencia de la visión. Olemos, oímos, sentimos a través de la piel y el tacto. Pero antes que nada vemos; la percepción genérica del mundo, como hecho normativo, es a través de la visión. Percibimos las formas y colores de nuestro espacio a través de la vista. Formas y colores. Imágenes de un mundo que constituye nuestro medio vital.

Luz y color se constituyen como punto de partida de la experiencia con la que comprender el territorio, y marcan las diferencias de una experiencia humana diferente en cada entorno natural. Construimos nuestras culturas sobre diferentes soportes físicos, a partir de diferentes experiencias vitales. Cada lugar se caracteriza en nuestra experiencia a través de imágenes muy diversas, desde la luminosa experiencia del Mediterráneo, hasta la brumosa y fría imagen de la naturaleza centroeuropea. No es tan solo que los recursos naturales disponibles sean diferentes -que también-, es que la propia imagen que nos llega del mundo es radicalmente diversa. La propia experiencia humana presenta características completamente diferentes para aquellos pueblos que viven al Norte o al Sur, en costa o en montaña, y es a partir de esa diferente imagen que construimos nuestras culturas; es a partir de esa diferente experiencia vital que cada pueblo, que cada conjunto de hombres propone su propia visión del mundo y de la vida.



Fig.1. Color, materia y territorio: Psatha (Grecia), Isla de San Nicholas (Turquía), Suomi (Finlandia) y la Isla de Skeppshamn en Estocolmo (Suecia)

Es a partir de esa distinta experiencia que cada sociedad vive e interpreta el color. Y de esas diferentes imágenes nacen y se desarrollan arquitecturas y ciudades diversas.

El color nace de la materia que nos rodea y de la luz que la ilumina. Nuestra experiencia del color no es neutra, se origina en las gamas de las especies vegetales de nuestro propio entorno, en la naturaleza matérica de los suelos en los que crecen, de la transparencia o translucidez de la atmósfera que respiramos. La experiencia vital de la que nace una cultura es cromática, pero al nacer de experiencias diferentes, nuestra forma de comprender y utilizar el color variará con las culturas.

Cuando construimos, cada cultura concibe el color de modo diverso. Nuestros códigos visuales cambian porque nuestros códigos culturales son diferentes. Y desde esa diferencia construimos nuestro mundo y coloreamos nuestra arquitectura. La forma en que cada cultura aborda el tratamiento cromático de la Arquitectura es dependiente de su experiencia, es la herencia de siglos de interactuar con el entorno: refleja una visión del mundo y le es propia.

Es por ello que la arquitectura adopta en su tratamiento cromático los códigos culturales de la sociedad que la crea. Es portadora de un significado cultural que liga la forma con las intenciones de los hombres que la habitan. Tiene, desde el punto de vista cromático, un “significado”.



Fig. 2. El color dorado como símbolo de la naturaleza divina en culturas muy distantes: Jerusalén y Maymar.

Es este significado cultural del color lo que aporta un sentido áulico al color dorado, que inunda los edificios religiosos en todas las culturas, caracterizando como sagrado al espacio donde mora la deidad. Y es este significado cultural el que hace que cada época, cada estilo, se caracterice por determinadas gamas cromáticas,

el que hace que los brillantes colores que decoraban los templos griegos o las bóvedas medievales, sean hoy en día impensables en nuestra visión de la arquitectura antigua. Nuestra moderna cultura occidental ha perdido una visión cromática de lo grandioso en Arquitectura, sustituyendo la policromía por la desnuda materia, el color por el material desnudo. Una herencia de la Modernidad.

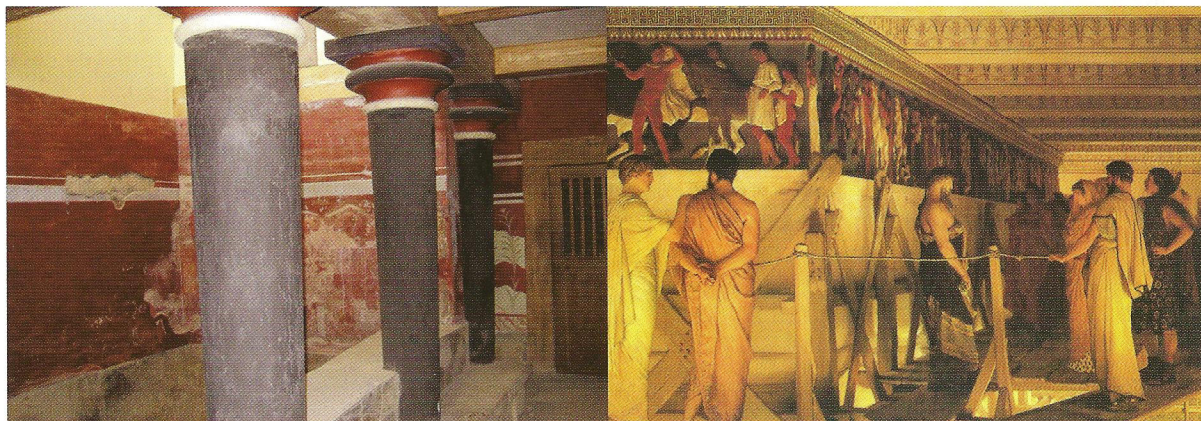


Fig. 3. El color de los edificios de la Antigüedad como un valor perdido desde la Modernidad: Palacio de Cnosos y El Partenón.

Pero dicha identidad cromática de la Arquitectura no es tan solo cultural, también es material. Construíamos directamente a partir de la materia disponible en nuestro entorno, y en esta operación trasladábamos directamente a la arquitectura el color del territorio.

En nuestras modernas sociedades altamente industrializadas y globalizadas nos resulta difícil concebir la relación que ligaba la arquitectura con el territorio. En nuestra época globalizada, en la que los materiales viajan de forma ilimitada de un espacio a otro debemos esforzarnos por entender que la arquitectura ideada en siglos anteriores disponía tan solo de unas limitadas posibilidades materiales para ser ejecutadas.

El arquitecto y el artesano podían recurrir a los materiales cercanos. Maderas concretas y pétreos específicos, las que crecían en bosques cercanos y se extraían en canteras próximas. El transporte era lento y costoso, y las soluciones técnicas o las ideas estéticas, que viajaban más fácilmente, debían ser necesariamente adaptadas a las condiciones locales.

Las ciudades y las arquitecturas que las componían, adaptaban su imagen a las corrientes estéticas sucesivas y a las modificaciones ideológicas y estéticas de las sociedades que las ocupaban. Pero su materialidad apenas cambiaba, asentadas como estaban en territorios inalterables y circundados por bosques formados por las mismas especies vegetales generación tras generación, los constructores se veían abocados a recurrir a los mismos materiales para erigir sus edificios.

Esta inalterabilidad no es totalmente constante: hay grados y diferencias dependiendo de que tipo de arquitectura hablemos. Como en toda sociedad humana, las posibilidades económicas dependen de la clase social que analicemos. Y no es lo mismo construir para la nobleza que para las clases artesanas. Si la primera dispone de medios económicos suficientes para importar materiales de otros ámbitos geográficos, la edificación residencial popular se ve abocada a la dependencia directa al hinterland inmediato.

Si la nobleza puede construir en piedra, importar mármoles de canteras lejanas o entintar sus revocos con pigmentos importados, el artesano tan solo puede utilizar como entintado para sus morteros las tierras del lugar. Modestos tintes que se perpetúan con el paso de los años porque el territorio es siempre el mismo, y porque la economía manda sobre la estética.

Pero las costosas edificaciones públicas o nobiliarias, edificios comunales y religiosos, son una minoritaria excepción. La ciudad es mayoritariamente pueblo llano, y sus edificaciones residenciales y talleres son mayoría. Al final la imagen de la ciudad es antes la conformada por cientos de pequeños edificios populares que la imagen de los grandes edificios monumentales, y las calles que definen la ciudad están materializadas por modestos revocos y morteros coloreados, íntimamente deudores de las modestas tierras de los alrededores y de las modestas maderas de los bosques inmediatos.

Arquitectura y ciudad nacían directamente de la materia disponible en el entorno inmediato, importando a los espacios urbanos las gamas cromáticas del territorio que las sustenta.

Así, llegamos a identificar una ciudad y un color. El amarillo de Siena, el verde de Prato, las cales blancas del Mediterráneo son expresiones de esta intimidad, de la íntima ligazón del hombre con el territorio que lo vio nacer.



Fig. 4a. La materia como base para el color arquitectónico: El campo de la Toscana, canteras de Carrara.

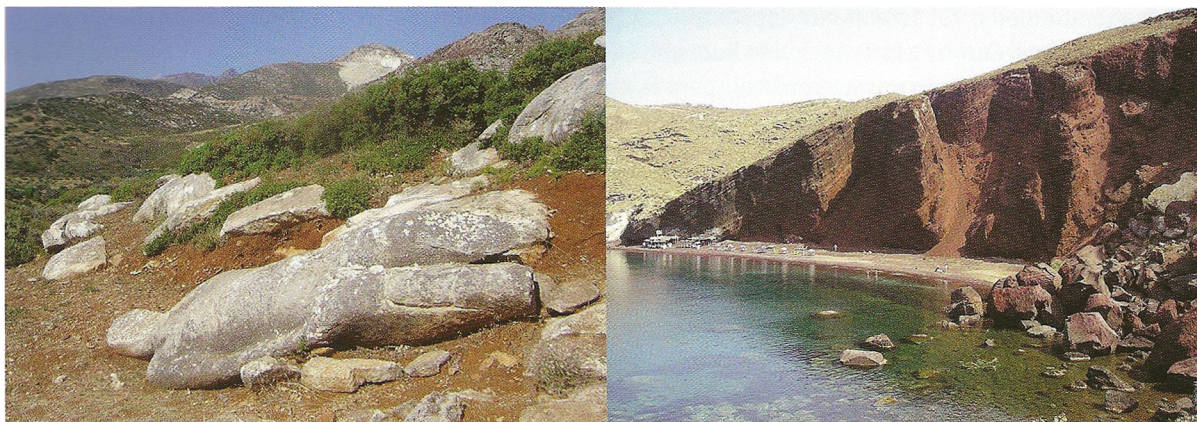


Fig. 4b. La materia como base para el color arquitectónico: Naxos (Grecia) y playa en Santorini.

Ciudad, cultura y materia.

Hablemos del Mediterráneo como paradigma de esta íntima relación.

En el Mediterráneo, el hombre vive y crece en la ciudad. La sociedad urbana constituye el hito de la cultura mediterránea: la *polis* como espacio de interacción donde el hombre se libera de la Naturaleza y entabla relación social no solo con sus conciudadanos, sino con las otras sociedades a través del comercio.

La ciudad mediterránea se separa de su *hinterland* con murallas, pero se abre al horizonte con el tráfico comercial.

Las ideas fluyen constantemente, y toda innovación técnica o cultural se expande de un extremo otro a bordo de las naves comerciales griegas o fenicias. Las sociedades intercambian información de manera constante, pero sus culturas permanecen claramente identificables. Pese al intenso tráfico comercial, las culturas y religiones de unos y otros pueblos continúan siendo señas de identidad que diferencian un templo en Grecia de una edificación destinada al mismo fin en Egipto o Judea. El viaje de las ideas no es tal que difumine las fronteras tal como hoy en día ocurre en nuestras sociedades, y en los pueblos mediterráneos de la Antigüedad todavía era posible distinguir diferentes culturas como respuestas a similares requerimientos naturales.

Y sin embargo un comerciante que parase en diversos pueblos no podría dejar de encontrar grandes similitudes entre los espacios urbanos de todas las ciudades que pisase. Las calles de todas estas ciudades se asemejan entre sí. Cuando uno se aleja del centro cívico, en el que los edificios representativos dominan la escena urbana nos encontramos ante soluciones arquitectónicas comunes a problemas semejantes y, lo que aquí más nos interesa, con tratamientos cromáticos similares.



Fig. 5. La policromía de los puertos es común en todo el Mediterráneo. Ejemplo de homogeneidad formal como consecuencia de la unidad de usos y costumbres: Hania (Creta), Kastellorizo (Turquía), Portovenere (Italia) y Rovinj (Croacia)

Esto es así porque el Mediterráneo es un espacio común no tan solo en lo cultural sino, sobre todo, en lo material. El Mediterráneo presenta una imagen similar en el conjunto de sus riberas. Las especies vegetales son similares en unos u otros países, y la material de la tierra presenta numerosas coincidencias. Si a esto unimos que las formas de vida, más allá de las especificaciones culturales que eran propias de cada sociedad, eran muy similares, la arquitectura se enfrentaba a iguales necesidades vitales.

Las gentes de las diferentes ciudades se veían enfrentadas a problemas similares en el día a día. Un clima similar, una tierra pobre y dura y el mar como herramienta de vida. No es de extrañar que los dioses cambiaran, pero la dieta fuese similar, y que tanto fenicios como iberos se viesan impulsados a echarse al mar para buscar un nuevo horizonte.

Y cuando necesitaban construir, la materia que encontraban a su alrededor era la misma. Las mismas arcillas con las que hacer ladrillos, los mismos bosques de pinos de los que extraer maderas similares, las mismas carencias. Y al final esta homogeneidad, unida al intenso tráfico comercial que caracterizó la cultura mediterránea dio como inevitable consecuencia una misma manera de construir.

La casa del artesano mediterráneo es de ladrillo y teja, revocada con mortero. Y en este mortero de acabado es donde reside la posibilidad de añadir color. Color que se obtenía de las tierras de cada lugar, más ocre en unas zonas, más almagra en otras. Y a partir de esta continuidad constructiva y variedad material, cada pueblo construye su propia identidad. Cada cultura aporta novedades que el comercio se encarga de divulgar.



Fig. 6. Las viviendas populares de todo el arco mediterráneo se entintan en colores surgidos de los óxidos y las tierras circundantes, lo que genera la existencia de coloraciones propias de cada ciudad: Camogli (Italia), Portofino (Italia), St Tropez (Francia) y El Trastevere en Roma (Italia)

Surge la policromía como vía para dignificar la sencillez material de una construcción sencilla y barata, como medio de representar la dignidad del dueño o la institución que habita en edificios que pese a la modestia de los materiales en que son construidos no renuncian a expresar la dignidad del que se sabe especial en una mar de viviendas iguales. Y esta solución compositiva, que puede sustraerse de la homogeneidad mediante la importancia de materiales de entintado para la elaboración de morteros traídos de otros lugares, se encuentra en toda la cuenca mediterránea y sobrevive en el tiempo. Desde el palacio de Cnosos hasta los grandes palacios renacentistas de dos mil años después. Y se encuentra tanto en el norte cristiano como en el sur musulmán. El ansia de dignidad no conoce de fronteras ni de culturas.



Fig. 7. El color se utilizó como mecanismo para evidenciar la composición de las fachadas, independientemente de los convencionalismos formales y culturales de cada nación: Aukar (Turquía), Córcega (Italia), Florencia (Italia) y Split (Croacia)

Tal vez la piedra sea la diferencia. Aquí sí que hay diferencias claras entre territorios. Los granitos, las areniscas, las calizas presentan claras y fuertes diferencias tanto de resistencia, como cromáticas y de textura. Y su distribución no es uniforme. Predominan unos u otros materiales en cada zona, y su puesta en obra sin recubrimiento caracteriza el color de los edificios terminados. Pero en todo caso su alcance es escaso por elitista. Su uso está restringido a edificios altamente emblemáticos, y se concentran en los espacios más representativos de la ciudad. Si acaso se extiende a partes concretas de edificios nobiliarios y palacios –esquinales, dinteles, puertas...-, pero no son sino un contrapunto parcial en un mar de mortero. No son, en suma, responsables del color de la ciudad.

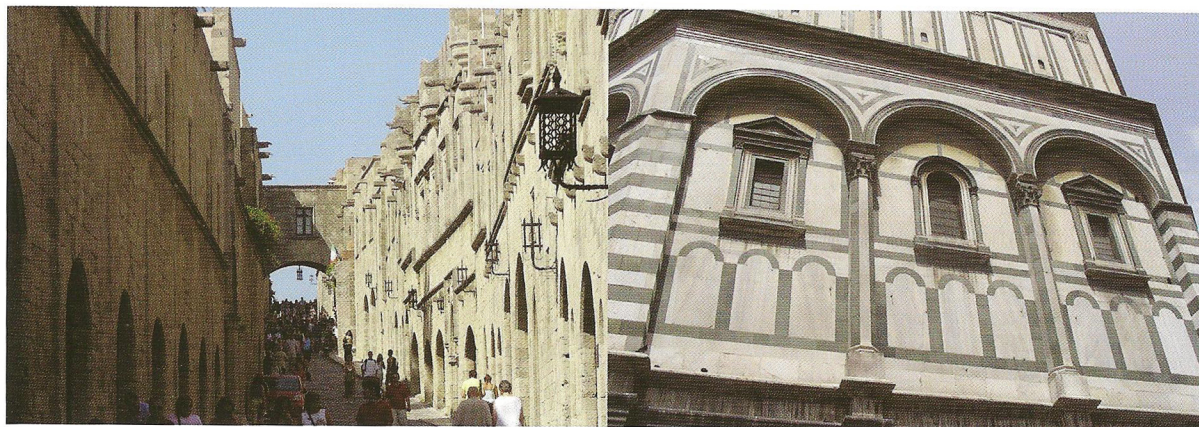


Fig. 8. La piedra, a diferencia de los revocos coloreados, tiene una relación directa con el hinterland inmediato, convirtiéndose en una característica material de todo núcleo habitado: La piedra vista en Rodas y el uso combinado de los mármoles de Prato y Carrara en Florencia (Italia)

A modo de corolario.

La arquitectura, y por extensión la ciudad, nació de la materia de su territorio y durante siglos vivió anclada a su paisaje. Ideas y modas recorrían periódicamente la sociedad y se producían adaptaciones formales y compositivas, pero lo limitado de los materiales disponibles limitaba aun tiempo el alcance de las transformaciones.

El hombre vivió durante generaciones en ambientes estables. En ciudades que heredaban una imagen casi inalterable; y su evolución era tan lenta que tras las mismas apenas quedaban cicatrices. El hombre construía de manera similar pese a que las culturas se sucediesen, pese al cambio de los gustos estéticos, pese a la sucesión de las generaciones. Esta continuidad era la consecuencia lógica a la continuidad material que generaba una continuidad constructiva. Y en último término era la consecuencia directa del hecho de que durante siglos el hombre continuaba viviendo de la misma manera. Ligado a una tierra en la que nacía y moría

sin apenas desplazarse. Viviendo del mismo campo y los mismos animales, tal como vivieron sus padres y antes que ellos los padres de sus padres.

Sucesivas generaciones vivieron en un ambiente cromático y material similar, hasta que la Revolución Industrial y el viento de la Modernidad barrieron un modo de vida que ya nunca volvió. La sociedad cambió profundamente, esta vez sí, y con ella cambiaron la arquitectura y las ciudades. La industrialización hizo el resto, facilitando nuevas técnicas constructivas y nuevos materiales. Una vez la sociedad occidental empezó a moverse ya nada se detuvo. Las tecnologías se divulgaron con creciente celeridad, y la moderna industria creó nuevos materiales y técnicas constructivas que llegaron a cada rincón de países cada vez más permeables. La Arquitectura, el hecho de construir para dar respuesta a la necesidad de cobijo del ser humano, se desvinculó del territorio, y las culturas se entremezclaron.

Con la intensa industrialización de las sociedades en el siglo XIX, la forma arquitectónica se deslocalizó. Ideas, técnicas y materiales empezaron a circular libremente, y cada vez más las ciudades se tornaron indistinguibles. Otra vez la homogeneidad resultante de la existencia de necesidades comunes, pero esta vez abarcando la totalidad del mundo.

En el camino el color arquitectónico dejó de ser específico de cada sociedad. Hoy en día diríamos que se globalizó. Importar materias y pigmentos fue cada vez más asequible, y dejó de ser privativo de determinadas clases sociales. La Modernidad permitió al hombre abandonar sus estrechos márgenes materiales inmediatos para dar forma a su arquitectura. Al coste, eso sí, de perder esa íntima identidad existente entre arquitectura y territorio que caracterizó al espacio vital del ser humano durante generaciones.

Referencias Bibliográficas

GARCÍA CODOÑER, A., LLOPIS VERDÚ, J., TORRES BARCHINO, A., VILLAPLANA GUILLEM, R., SERRA LLUCH, J., CABEZOS, P. La Arquitectura tradicional de Ontinyent: el color histórico. Editado por el Ayuntamiento de Ontinyent. 2010

GARCÍA CODOÑER, A., LLOPIS VERDÚ, J., TORRES BARCHINO, A., VILLAPLANA GUILLEM, R., SAIZ MAULEÓN, B. La Arquitectura tradicional de Cartagena: el color del Mediterráneo. 2005. Editado por el Ayuntamiento de Cartagena. ISBN:84-609-6100-1

GARCÍA CODOÑER, A., LLOPIS VERDÚ, J., TORRES BARCHINO, A., VILLAPLANA GUILLEM, R., SAIZ MAULEÓN, B. El color en el centro histórico II: Arquitectura histórica y color en el Barrio de Velluters de Valencia. Valencia: 2000. Ayuntamiento de Valencia.

GARCÍA CODOÑER, A., LLOPIS VERDÚ, J., MASÍÁ LEÓN, J.V., TORRES BARCHINO, A., VILLAPLANA GUILLEM, R. El color en el centro histórico: Arquitectura histórica y color en el Barrio del Carmen de Valencia. Valencia: 1995. Ayuntamiento de Valencia.